

Gobierno florentino (1); **verdad** es que en él, y generalmente en los hombres de mejor **espíritu**, se puede presuponer que no se dejaban guiar por las **estrellas** en sus acciones, más que hasta cierto grado, y reconocían **límites** donde la Religión y la conciencia mandaban detenerse» (2). Muchos hombres de espíritu libre, como Pontano, partían en sus **estudios** astrológicos de la firme persuasión de una dependencia **causal** de todas las cosas del Universo; creyendo que el origen, la **índole** y el desenvolvimiento del hombre, estaban esencialmente **influidos** por las fuerzas de la Naturaleza que le rodea, y tenían la Astrología por una rama de las ciencias naturales, tan bien **fundada** como pudiera estarlo la Zoología de Aristóteles (3).

A las artes plásticas **ofrecieron** las ideas tanto astrológicas como astronómicas, fecundos argumentos para la representación del Zodíaco, de las **figuras** de las estrellas, y divinidades de los planetas. Son obras conocidas de este género los frescos del palacio Schifanoia de Ferrara, y de los aposentos Borja del Vaticano. La parte de las doctrinas **astrológicas** que se refiere á los hijos de los planetas, halla en la **época** del Renacimiento una concepción gráfica en las llamadas **figuras** de los planetas. Un tipo determinado de éstos se formó **precisamente** á mediados del siglo xv, y habiendo probablemente **tenido** origen en Florencia, hizo una extraña peregrinación por **Italia** hacia los Países Bajos y Alemania, y se conservó hasta el **siglo** xvi (4). Giorgione representó en un famoso cuadro, tres **astrólogos** con traje oriental en el mágico crepúsculo que se derrama **al** venir la noche sobre un paisaje selvático (5).

Uno de los muchos merecimientos de los predicadores de penitencia de aquella época, es **haberse** atrevido á combatir **enérgicamente** contra la Astrología; y no se puede condenar el desorden

(1) Cf. Uzielli 214 s. Toscanelli no perdió la fe en la astrología, hasta los últimos años de su vida, y á consecuencia de sus observaciones personales. L. c. 222-223.

(2) Burckhardt II, 281.

(3) Gothein, 446.

(4) En su docto estudio, intitulado: Los siete planetas, expone Lippmann las emigraciones y transformaciones de este cuadro del sistema planetario (Publ. de la sociedad calcográfica internacional para el año 1895).

(5) Ahora está en Viena. Hay una imagen de este cuadro en Lübke II, 497. Otra interpretación del cuadro trae Wickhoff; v. Kunsthist. Sammlungen des Kaiserhauses I (Wien, 1899), 8 s.

de esta superstición más sumariamente de lo que lo hicieron un Bernardino de Sena, un Antonio de Vercelli, Roberto de Lecce y Gabriel Barletta (1). También muchos humanistas se declararon contra la Astrología (2); Paulo II quiso prohibir su ejercicio (3); pero lo que formó época fué el escrito dirigido contra los astrólogos por Pico de la Mirándola, el cual combatió también clara y **enérgicamente** el modo parcial de estimar la Antigüedad clásica (4).

Desde entonces aquella superstición fué decayendo lentamente en Italia; los poetas cómicos, como Ariosto en sus «Nigrománticos», pudieron entregar al ridículo los fraudulentos artificios de la magia negra (5), y también la Pintura se acomodó á esta diferente manera de pensar; y así Rafael representó en la cúpula de la capilla Chigi, en Santa María del Popolo, en torno los dioses de los planetas y el cielo de las estrellas fijas, guardado y dirigido arriba por ángeles, y bendecido desde la cumbre por Dios Padre (6).

Fuera de la Astrología hubo también otras supersticiones de varias clases. Principalmente cierto número de humanistas eran especialmente **crédulos** acerca de los portentos y vaticinios. Poggio creía firmemente en prodigios de estilo antiguo; verdad es que no había ya oráculos, ni se podía interrogar á los dioses; pero volvióse á poner de moda, como augurio, el sacar á la suerte un pasaje de Virgilio interpretando los versos que se hallaban. También influyeron las ideas demoníacas del último período de la Antigüedad. El escrito atribuido al neoplatónico Jámblico, sobre los misterios de los egipcios, se publicó traducido al latín ya hacia fines del siglo xv. «Ni aun la Academia platónica de Florencia, v. gr., se mostraba enteramente libre de éstas y otras seme-

(1) Gudemann 222-224. Rob. de Lecce se dirigió principalmente contra la alquimia: Quadrag. de peccatis 122. Savonarola pertenece también al número de los que combatieron la superstición; cf. Geffcken, 208. Bapt. Mantuanus se expresa en términos enérgicos contra los alquimistas de su tiempo: De patientia l. III, c. 2; cf. ibid. c. 12 contra los astrólogos.

(2) Cf. Voigt, Wiederbelebung II, 492 s.

(3) Cf. nuestras indicaciones en el vol. IV.

(4) Burckhardt I, 244.

(5) Ruth II, 526 s., Carriere 81 s. Gaspari II, 418 s.; cf. Gabotto, L' Astrologia, 39.

(6) Burckhardt II, 288. Sobre Pico de la Mirándola, cf. Bezold, Astrolog. Geschichtsconstruction loc. cit. 65 y Uzielli 223 s.; cf. 220 s. sobre el adversario de Pico, Lucio Bellanti.

jantes fantasías de los neoplatónicos de la decadencia romana». También renació la imaginación de que se podía utilizar el servicio de los demonios para fines particulares; y ya Sixto IV, en un breve de 1474, tuvo que proceder contra algunos carmelitas de Bolonia que habían afirmado no ser malo interrogar las respuestas de los demonios. Es verdad que tampoco en este terreno faltó la oposición, y es digno de advertir, que los poetas y novelistas pudieron atreverse á poner en ridículo las artes mágicas, teniendo la seguridad de ser aplaudidos. Desde principios del siglo XVI se puede asegurar generalmente, que se nota la disminución de las artes mágicas (1).

Lo propio que la superstición tuvieron también relación con las particulares maneras de concebir de la Antigüedad los peligrosos extravíos en que se descarriaron no pocos filósofos de la época del Renacimiento (2). *Gemistos Plethon*, entusiasta discípulo de Platón, cuyas doctrinas entendía en sentido neoplatónico, ignoraba el Cristianismo, y en sus opiniones religiosas retrocedió hasta la gentilidad. De la renovación de su filosofía, esperaba el restablecimiento de una religión universal (3).

La contienda de Plethon con los aristotélicos griegos de su tiempo, fué suavizada por el gran cardenal Bessarión, el cual, en su célebre escrito en defensa de Platón, acentuaba la concordia de ambos maestros áticos entre sí, pero llamando al propio tiempo la atención sobre los errores que los separan del Cristianismo (4). Todavía con mayor entusiasmo que Plethon, se dedicó á la filosofía platónica *Marsilio Ficino*. Hondamente penetrado de la verdad de la religión cristiana, aquel hombre lleno de espíritu, que en el año de 1473 abrazó el estado eclesiástico, procuró conciliar la doctrina platónica con el culto cristiano. Personalmente fué Ficino enteramente creyente y sacerdote irreprochable; pero no por

(1) Burckhardt II^o, 291 ss.; cf. Cian, Cortegiano 249 y Vogelstein 133 s. Es interesante la enumeración de las diversas clases de superstición que hace Antonius Vercell., Sermon. f. 162 sq. Cf. también Rob. de Latio, Quadrages. 44.

(2) Además de Burckhardt II^o, 312, cf. Ritter, Gesch. der Phil. IX, 220 ss. Stöckl, Gesch. d. Phil. III, 202 ss. Rixner, Gesch. der Phil. 194 ss. Hassner, Gesch. der Phil. II, 678 ss. V. también Heinrich, Dogmatik, I, 95, 104.

(3) Además de nuestras indicaciones del vol. II, cf. también Burckhardt, II^o, 260; Stein 126 s., y Zeitschr. f. Kirchengesch. XIX, 279 s.

(4) Sobre esta obra de Bessarión, cf. Haffner, loc. cit. y Willmann 72 s.

eso dejó de ser peligroso su conato de conciliar el Cristianismo y el Platonismo. Plethon quiso colocar en lugar del Cristianismo una mezcla de neoplatonismo y dogmas de las religiones orientales. Ficino, encantado por la belleza de lo antiguo, quería resolver el Platonismo en el Cristianismo, sin barruntar, según parece, el peligro de disipar con esto el Cristianismo positivo. Su misticismo, acrecentado por una abierta propensión á la Astrología, despertó sospechas. En el año de 1489 fué acusado de magia ante Inocencio VIII, de lo cual logró, sin embargo, defenderse con buen éxito; pero no puede ser absuelto de haber mezclado peligrosamente el Cristianismo con el Platonismo, y su entusiasmo por Platón traspasó todos los justos límites. Ficino se atrevía á saludar á sus oyentes, en lugar del antiguo saludo: «Amados en Cristo», llamándolos: «Amados en Platón». Finalmente, acabóse por consagrar á este filósofo un culto formal, como si hubiera sido un Santo, encendiendo lámparas ante su imagen, poniéndola al lado de los Apóstoles y de los Profetas, y celebrando fiestas en su honor; y hasta qué extremo se llegara, lo muestra la proposición hecha con toda seriedad, de que se leyeran fragmentos de los escritos platónicos, junto con las perícopes dominicales (1).

A Marsilio Ficino hay que asociar su joven amigo *Juan Pico de la Mirándola*, como la más brillante personalidad de la Academia platónica de Florencia. Raras veces ha alcanzado un hombre eminente tan unánimes alabanzas de sus contemporáneos, como aquel vástago de una ilustre familia. El encanto de la belleza, la gracia del lenguaje, la elevación ideal de su carácter, le ganaban todos los corazones. Lo propio que su maestro, se esforzó también Pico por demostrar la íntima concordancia de todas las doctrinas filosóficas paganas, entre sí y con la Escolástica y Mística cristianas. Pero Pico no ponía, sin embargo, en primer lugar á Platón, sino las confusas doctrinas misteriosas de la Cábala. Esta tentativa de hallar por las ciencias secretas cultivadas por los judíos,

(1) Cf. Reumont, Lorenzo II^o, 25 ss. Rohrbacher-Knöpfler 310. Rocholl en Briegers Zeitschr. für Kirchengesch. XIII, 53 ss. Carriere 26 s. Stein 129 s., 154 s. Fischer I^o, 88 s. Willmann 74 s. Lazzari 73 s. Rossi, Quattrocento 224 s. 426. Gaspary II, 166 s. Gabotto, L'epicureismo di Marsilio Ficino. Milano, 1891. Cf. Giorn. st. d. Lett. XVIII, 459 s. Sobre las obras astrológico-médicas de Marsilio Ficino, v. Weitenweber, Des Marsilius Ficinus Werk De vita studiosorum, nebst Bemerkungen über den Hellenismus. Prag 1858. Cf. ahora también Huit, Le Platonisme pendant la Renaissance, en los Annal. d. phil. chrét. N. S. XXXIII, 269 ss., 362 s.

más sólido apoyo de la verdad cristiana que por la antigua ciencia de los grandes teólogos, no puede considerarse sino como una debilidad y un extravío. Pero, no obstante, por muy frecuentemente que llegara Pico, con sus ideas neoplatónicas y cabalísticas, á ponerse en contradicción con la doctrina de la Iglesia, siempre se rectificó á tiempo, sometiéndose á la autoridad por Dios establecida (1).

A los platónicos florentinos se oponían los aristotélicos, los cuales se dividían en averroístas y alejandrinas; su principal asiento era la Universidad de Padua, en la que se discutieron especialmente con ardor las cuestiones sobre la inmortalidad y la naturaleza del alma. A principios del siglo XVI había llegado á ser tan viva la controversia sobre estas materias, que los discípulos reclamaban de todo nuevo profesor, que comenzara por exponer su doctrina psicológica. En este concepto habían los aristotélicos del Renacimiento llegado á formular muy peligrosas proposiciones. Alejandrinas y averroístas estaban de acuerdo sobre que no se podía demostrar filosóficamente la inmortalidad personal del alma. Los averroístas afirmaban además, que el alma no era sino una sola en todos los hombres. Marsilio Ficino fué quien principalmente hizo ver lo peligroso de estas opiniones: «Unos y otros, escribía, averroístas y alejandrinas, destruyen la Religión. Los aristotélicos procuraban ampararse con la tesis de que una misma proposición puede ser verdadera según la Filosofía y falsa según la fe; y asimismo protestaban todos de su docilidad y sumisión á la doctrina de la Iglesia (2).

(1) Haffner II, 681 s. *Katholik* 1880, I, 192. Reumont loc. cit. Schröckh XXX, 441 s. Frantz, Sixtus IV, 9 s. Rixner 197 s. Willmann 80 s. Rossi 230 s. 426. *Arch. st. ital.* 5. Serie XX, 159 s. (sobre Calori Cesis). Gaspary II, 171 s. Rocholl loc. cit. 62 ss. v. Bezold en *Sybel's Zeitschr.* XLIX, 194 s. *Arch. st. ital.* N. S. IX, 2, 21 ss.; X, 1, 3 ss. Carriere 32 s. Dreydorff, *Das System des Joh. Pico.* Marburg, 1858; cf. además Hagsmann en el *Liter. Handweiser* 1868, n. 65. Vincenzo di Giovanni, *G. Pico della Mirandola nella storia del rinascimento e della filosofia in Italia.* Palermo 1894. F. Ceretti, *Il salmo XLVII di David commentato dal conte G. Pico d. M. Milano, 1895.* F. Ceretti, *L'orazione domenicale esposta dal conte G. Pico d. M. Mirandola 1895.* F. Ceretti, *Sonetti ined. d. c. Pico d. M. Mirandola 1894.* Dorez-Thuasne, *Pico de la Mirandole.* Paris, 1897.

(2) Además de las obras arriba citadas, cf. también Wetzler und Welte's *Kirchenlexikon* I, 531 s. y 1750. Lea III, 575. Rossi, *Quattrocento* 223, 426. Mabileau compuso un trabajo sobre la Universidad de Padua, que fué premiado, pero que todavía no se ha publicado. Antes había ya escrito su obra: *Étude hist. sur la philosophie de la Renaissance en Italie.* Paris, 1881.

A pesar de toda su anchura de corazón, no pudo Roma dejar de oponerse á tan peligrosas proposiciones. En la VIII sesión del Concilio de Letrán, de 19 de Diciembre de 1513, hizo publicar León X una constitución dogmática para afirmar la inmortalidad é individualidad del alma; y al propio tiempo desechó la nueva distinción entre las verdades filosófica y teológica, asentando que la verdad no puede contradecir á la verdad. Toda afirmación (se resolvió), que contradice á la verdad de la fe, es falsa y no puede ser enseñada. Además mandó el Concilio á los profesores de las Universidades, poner á salvo la verdad de la cristiana religión, aun en las discusiones de proposiciones y doctrinas filosóficas, y refutar según sus fuerzas los argumentos de los filósofos paganos y paganizantes sobre la mortalidad ó unidad del alma humana, la eternidad del mundo, etc. (1).

A pesar de esto, *Pietro Pomponazzi*, jefe de los alejandrinas, llamado de Padua á Bolonia, tuvo la osadía de publicar en 1516 un escrito donde defendía haber sido la verdadera opinión de Aristóteles, que el alma es mortal incluso en su parte racional, alegando el testimonio de Alejandro Aphrodisias, y generalmente trató de establecer la imposibilidad de una demostración filosófica de la inmortalidad del alma (2). Los Minoritas consiguieron en Venecia que fuera quemado aquel peligroso libro; y en Roma y Bolonia hubiera tenido parecida suerte, si no se hubieran inter-

(1) Hergenröther VIII, 586.

(2) Además de la monografía de Fiorentino, *Pietro Pomponazzi* (Firenze, 1869), que es de todo punto insuficiente, cf. los artículos de Ferri en el *Arch. st. ital.* 3 serie, XV, 65 ss., en *La Filosofia delle scuole ital.* 1877, en el *Giorn. Napolit. di Filosofia* VIII (1878), 109-124 y en los *Atti d. Lincei, Scienze mor.* S. II, III, 875-876; Franck en el *Journal des Savants* 1869, Mayo y Julio. Ritter IX, 390 ss. Dittrich, Contarini 220 ss. Fischer I, 79 s. Fontana, *Sulla immortalità dell' anima di Pietro Pomponazzi.* Siena 1869. Podestà, *Doc. sul P. (Estr. d. Atti d. Romagna).* Bologna, 1868. Davari, *Lettere di Pietro Pomponazzi.* Mantova, 1877. *Giorn. st. d. Lett. ital.* VIII, 377 s. Owen 189 ss. Haffner II, 683 s. Stöckl III, 202 s. Lea III, 575 ss. Rixner 205 s. Lange, *Gesch. des Materialismus* (Iserlohn, 1866) 103 s. Credaro, *Lo scetticismo degli Accademici II* (Milano, 1893), 320. Ardigò, *Pietro Pomponazzi.* Mantova, 1869; *Opere filosof.* I. Mantova, 1882. L. Ferri, *La psicologia di Pietro Pomponazzi secondo un manoscritto della Biblioteca Angelica di Roma* (Comento ined. al *De Anima di Aristotele*). Roma, 1877. Cf. Zarncke's *Centralblatt* 1877, p. 1209. El estudio sobre el materialismo de Pietro Pomponazzi, publicado en el «*Katholik*», 1861, I, 150 s., ha sido poco advertido, á pesar de ser muy digno de agradecimiento. Spieker (*Leben und Lehre des Pietro Pomponazzi im «Katholik»* 1868, p. 8) es de opinión, que las protestaciones de sumisión á la Sede Romana, de Pomponazzi, no son más que pura forma y apariencia.

puesto afanosamente en favor de Pomponazzi, Bibbiena y Julio de'Médici, á los cuales no fué difícil representar aquel asunto, como si el filósofo hubiera tratado sólo de establecer históricamente la teoría psicológica de Aristóteles, sin la pretensión de defender positivamente su verdad; á lo cual se agregaba, protestar Pomponazzi con las más enérgicas expresiones, de su sumisión á la Iglesia. Esto engañó á muchos; pero, á pesar del grande influjo de Bibbiena y Julio de'Médici, hizo León X que se exigiera al filósofo una retractación á 13 de Junio de 1518 (1). Si Pomponazzi llegó á retractarse, no se sabe; pero si lo hizo, no abandonó, sin embargo, sus opiniones; como lo prueba entre otras cosas una relación desconocida hasta hace poco, sobre los últimos días de la vida del filósofo, el cual con apariencia de libre discusión había desarrollado los principios del materialismo en la Psicología. Como el célebre filósofo (refiere Antonio Brochardo á su padre, en una carta íntima de 20 de Mayo de 1525) padeciera graves enfermedades corporales, resolvióse á morir una vez para no morir tantas. Despreciando la muerte, como verdadero filósofo, se negó á tomar alimento; fueron inútiles todas las amenazas y todas las violencias que se emplearon para obligarle. Hasta la séptima noche, que fué la última, no rompió el silencio, y entonces dijo: «Me voy de aquí alegre» — «¿A dónde quieres ir, pues?» — preguntaron al filósofo. — «Donde todos los mortales van», fué su respuesta. — A la pregunta: «A dónde, pues, van los mortales», dijo Pomponazzi: «A donde yo y los demás vamos.» Los que le rodeaban hicieron un último esfuerzo para mover al moribundo á tomar alimento, pero fué inútil. El estoico exclamó con ira: «Dejadme; quiero morir.» — Y con estas palabras pasó de esta vida (2). Esta narración, apo-

(1) Cf. el documento de Ranke, *Pápste I^o*, 48, not. 1.

(2) La carta de Brochardo ha sido publicada por Cian, *Nuovi documenti su Pietro Pomponazzi (per nozze. Venezia, 1887)*, 29 s., y Sanuto XXXVIII, 387-388. Quizás aluda al fin aquí descrito de este filósofo, el ingenioso epitafio que trae Bayle, art. Pomp. note D: *Hic sepultus jaceo; quare? nescio nec si scis aut nescis curo; si vales bene est; vivens valui: fortassis et nunc valeo; si aut non? dicere nescio.* Si Cian (*Giorn. d. lett.* XXIX, 415) recientemente, procura establecer como causa y razón única de haberse negado á tomar alimento, los padecimientos de Pomponazzi, hay que conceder que esa negativa estaba en parte motivada por los padecimientos corporales del filósofo; pero debe tenerse por seguro, que las expresiones de Pomponazzi demuestran *la intención*, de poner fin voluntariamente á su vida. Estas expresiones excluyen la suposición, de que los padecimientos del filósofo le habían quitado su espontánea y libre determinación.

yada en el testimonio de un testigo ocular, descubre el hecho, cuidadosamente callado por los amigos de Pomponazzi, de que este filósofo, que bajo la máscara de sentimientos cristianos había enseñado un abierto materialismo (1), acabó por suicidarse. Felizmente este género de muerte era todavía algo de todo punto des-acostumbrado en la época del Renacimiento (2).

Atendido el peligro de las opiniones profesadas por Pomponazzi y la gran difusión de las mismas, es satisfactorio cerciorarse de que no faltaron quienes escribieran en contra. Semejantes escritos compusieron el filósofo Agustín Nifo, quien dedicó su trabajo al Papa León X; el agustino Ambrosio Fiandini, el dominico Bartolomé di Spina, el mantuano Bartolomé Fiera, el servita Jerónimo Amideus de Luca, y el joven Gaspar Contarini, hijo de un patricio veneciano. Este último combatió en forma delicada y cortesana á su maestro, principalmente con las armas que le ofrecía la escuela tomística. Pomponazzi no se dignó responder á estos adversarios, excepto Nifo y Contarini; al primero de los cuales contestó con estilo duro y no pocas veces altanero, y al segundo cortésmente. Aún compuso Contarini otro breve escrito, en el cual, con todos los respetos á su antiguo maestro, se expresa, sin embargo, enérgica y resueltamente. Siguiendo paso á paso á su adversario, le refuta de un modo brillante (3).

Todavía fueron peores las consecuencias que sacó de las ideas de la antigüedad *Nicólas Maquiavelo*, el más genial representante del falso Renacimiento (4). Nunca por ventura se vistió un hombre

(1) Cf. «*Katholik*», loc. cit.

(2) Además de Cian, *Nuovi doc.* 22, cf. Motta, *Suicidi nel quattrocento e nel cinquecento*, en el *Arch. st. lomb.* XV, 96 ss. V. también Landucci 277.

(3) Además de las explicaciones en modo alguno objetivas de Florentino 41 s., 49 s., 52 s., 192 s., cf. Hergenröther VIII, 585 s., y particularmente la excelente monografía de Dittrich sobre Contarini 222 ss. La narración de Reusch, *Index*, I, 60, es insuficiente; Reusch ni siquiera conoce á Fiorentino.

(4) Mohl III, 519 ss., ha reunido la bibliografía sobre Maquiavelo. Cf. Mohl, *Handwörterbuch der Staatswissensch.* IV, 1093. Son muy dignas de atención las críticas que ha hecho Reumont, de las obras de Trendelenburg, Villari y Nitti en la *Allg. Zeitung*, 1877, n.º 248 ss. sulp. y en el *Bonner Literaturblatt*, 1872, p. 147 ss. Sobre los defectos de la obra de Tommasini, v. *Deutsche Literaturzeitung*, 1884, n.º 8; cf. también Sybels *Zeitschr.* LII, 554 s. Cf. además Owen, 162 ss. Gierke, *Althusius*, 299. *Le Correspondant* 1873, 1877 et 1882. Ellinger (*Die antiken Quellen der Staatslehre Machiavelli's*, art. publicado en la *Zeitschr. für die ges. Staatswissenschaften* XLIV, 1-58 [impresión ampliada, Tubinga, 1888]) hace ver la conexión de Maquiavelo con la Antigüedad. Para

del espíritu de la Antigüedad tan completamente como el mencionado político florentino; el cual en muchas cosas se regía también por las máximas paganas en su vida privada. Es verdaderamente aterradora la luz que sobre esto arrojan sus cartas á su íntimo amigo Francisco Vettori (1). Ambos eran almas parecidas; la política y las aventuras amorosas absorbían casi exclusivamente su atención; pero, á la verdad, su destino fué muy diferente. Vettori vivió con una gran posición como Embajador en Roma, al paso que Maquiavelo se vió condenado á una involuntaria ociosidad desde la revolución política de 1512. Esto fué muy duro para aquel hombre acostumbrado á la actividad, y es significativa, para conocer su modo de sentir, la manera como procuró consolarse. Junto con el estudio de los antiguos poetas é historiadores, buscó la distracción en míseros garitos y entregándose incesantemente á aventuras amorosas, de las cuales, además de la política del día, se habla principalmente en su correspondencia íntima con Vettori. Ni una palabra dedica allí á su mujer y á sus tres hijos (en 1514 le nació el cuarto). Bien puede ser que Maquiavelo exagere en la relación de sus amorosos lances, refiriendo cosas que sólo tengan una parte de verdad; pero, á pesar de esto, no se puede dudar que llevaba una vida desarreglada é inmoral (2). En la embriaguez de los sentidos buscaba el consuelo de su desgracia. «Aun cuando ya me acerco á los cincuenta (confiesa una vez paladinamente) ando todavía encadenado en las redes del amor. Ni los difíciles caminos pueden agotar mi paciencia, ni puede intimidarme la obscuridad de la noche. He abandonado todos los pensamientos de cosas serias y grandes, y ya no me deleita siquiera leer los antiguos ni hablar sobre los modernos. Todos mis pensamientos están dirigidos al amor, de lo cual doy gracias á Venus» (3). Algunas narraciones

la crítica de la nueva edición de la obra de Villari, cf. Pellegrini en la *Rassegna bibliogr. d. Lett. ital.* II, n.º 12. Pisa, 1894.

(1) N. Machiavelli, *Le lettere familiari*, p. p. E. Alvisi. Firenze, 1883. Gracias á la amabilidad del profesor Uzielli de Florencia, he tenido conocimiento de la edición íntegra de esta obra, la cual no se facilita al público en general por motivos de conveniencia. Por más desagradable que sea su lectura, con todo hay que lamentar se guarden tan secretos estos documentos; pues pertenecen de un modo enteramente esencial al retrato moral de Maquiavelo.

(2) Cf. *Giorn. st. d. Lett. ital.* II, 176 s. Villari II, 191 s. Gaspary II, 342, 369 y *Allg. Zeitung* 1875, n.º 25, p. 362. Sobre Vettori, v. también H. Rösemeyer, *N. Machiavelli's erste Legation zu Maximilian I* (Bückeburg, 1894), 40.

(3) Machiavelli, *Lettere familiari* 361. Cf. arriba not. 1.

de Maquiavelo sobre sus aventuras están concebidas en expresiones tan sucias, que aun el más moderno de sus encomiadores no puede menos de sentir repugnancia y asco (1); y varias cartas son obscenas hasta tal punto, que nadie hasta ahora se ha atrevido á publicarlas. Los apuros pecuniarios en que se halló Maquiavelo le hicieron abandonar pronto la cínica risa sobre cosas obscenas. A la verdad, no era enteramente pobre; pero sus ingresos no bastaban para cubrir las atenciones de su familia. Acostumbrado á gastar el dinero pródigamente, se vió entonces necesitado á contar cada maravedí. Inútilmente buscó por todas maneras algún empleo que le diera ocupación y pan; y para volver á llamar sobre sí la atención de los Médici, escribió su libro universalmente conocido de *El Príncipe* (2).

Que en la vida civil (explica allí Maquiavelo), lo propio que en la doméstica y en el trato íntimo, sea honroso guardar la palabra dada y vivir irreprensiblemente, cosa es que á nadie se oculta. Pero, á pesar de esto, se ve por la experiencia, que aquéllos llevan al cabo grandes cosas, que saben reducir á los hombres á su servicio por medio de la astucia ó de la fuerza. Ser bueno y obrar bien, no sólo no es necesario en la vida pública, sino muchas veces perjudicial. Sólo exige la prudencia, que se aprenda á ser un grande hipócrita y á disimular, para conservar en lo exterior la apariencia de bondad. Mas el querer obrar bien en todas las circunstancias, vale tanto como entregarse á la ruina. Es necesario saber, conforme á las ocasiones, dejar de ser bueno, y ser medio hombre y medio fiera, medio zorra y medio león; mas con todo, los más de los éxitos los obtienen siempre aquellos que saben mejor representar el papel de la zorra. Con esto, sin embargo, hay que evitar

(1) Villari, *Machiavelli* II, 192; cf. además Uzielli, 232.

(2) Cf. Baumgarten, *Gesch. Karls V*, I, 522 ss., quien demuestra, que no se puede aceptar ni la opinión de Ranke (*Z. Kritik* 163*), de que «el Príncipe» sea la expresión de las ideas dominantes en 1514, ni la de Villari, de que este libro se escribió en 1515, sino que estaba ya entonces terminado, como se deduce de una carta de Maquiavelo de 10 de Diciembre de 1513 (*Opere* VIII, 96); y además, que este escrito, que se mantiene siempre en generalidades, y no toca para nada sucesos especiales de la política de aquel tiempo, no se escribió para algunas circunstancias políticas determinadas, ni tampoco propiamente para los Médici; pues Maquiavelo, después de terminado su libro, delibera con un amigo, sobre si ha de dedicarlo á los Médici. Geiger en la *Zeitschrift für vergl. Literaturgesch.* Neue Folge II, 251, es del mismo parecer; Villari en la nueva edición, en lo esencial está firme en su opinión (v. *Giorn. d. lett.* XXIX, 479).